

EL ORIGEN DE UN POEMA

SAINT-JOHN PERSE, DON «GERALDO»
EL HISPANISTA INGLÉS Y LA MÍSTICA
DE SAN JUAN DE LA CRUZ

José Manuel Cabra de Luna

*Enrique Giménez-Reyna,
in memoriam*

NOTA PARA EL LECTOR

Este texto tiene su origen en una conferencia que el autor dio en el Centro Cultural La Malagueta el día 20 de abril de 2023, dentro del ciclo *Huellas de España*, dirigido por el profesor don Alfredo Alvar Ezquerro. Al transcribirlo a texto escrito he intentado conservar el espíritu, más suelto, de mi intervención hablada. Y ello porque el lenguaje que se dice es diferente del lenguaje que se escribe.

PREFACIO

El presente artículo no trata de filosofía, aunque se apoye en ella, y he querido que así sea para poder tejer con las voces de los otros una red conceptual que nos ayude a instalarnos en un ámbito que es complejo, como verán.

Tampoco mis palabras van a ceñirse estrictamente a la utilización de un lenguaje literario; aunque en buena parte se refieran a la literatura y al origen creativo de ésta.

También me atrevo a pedirles me permitan ustedes que una anécdota personal sea la que me sirva como hilo conductor de esta intervención, porque —como suele suceder— primero ocurrieron los hechos y, más tarde, tuvo lugar la reflexión al hilo de ellos.

Vamos a tratar de un misterio. Y es así porque nos referiremos a esa específica rama de la creatividad artística de la que es fruto la poesía. Intentaremos recorrer, cual si de una aventura se tratase, cómo una palabra, una imagen fijada en nuestra memoria, se va desprendiendo de sus significados más usuales, de la ganga que la cubre, para adquirir una luminosidad que antes no tenía o que, con el uso y el paso del tiempo, había perdido.

Tomemos una alcachofa, no nos la podremos comer si no le quitamos las capas exteriores, las que protegen su centro interior. Tratemos de hacer lo mismo con las palabras que anhelamos nos lleven al lenguaje esencial, aquellas que hacen saltar la chispa de la poesía. E igual tendremos que hacer con la gramática pues hemos de superar el discurso mortífero del sentido, del buen gusto y del buen decir, saltando por encima de todos ellos para que el lenguaje se nos abra a significados originarios y por ello insólitos.

Les he dicho antes que me serviré de una anécdota personal para enjaretar mis palabras y componer este texto a través de esos hechos que, en principio, creí anecdóticos hasta darme cuenta de cómo se instalaron en mi interior espiritual como auténticamente constitutivos.

TODO COMIENZA EN LA PRIMERA MITAD DEL AÑO 1973

Frente al lateral izquierdo del antiguo Palais Royal de París, en el entorno más cercano al Louvre, hay una librería con el suelo de dueñas de madera que crujen a nuestro paso. No es la mayor librería de la ciudad, pero sí una de esas en las que suelen hacerse hallazgos interesantes.

Pedí un café en el elegante establecimiento que se encuentra en los soportales exteriores del Palais, en cuyo patio el artista Daniel Buren haría años después una instalación de columnas de mármol blanco y negro, muy discutida



ARRIBA: DANIEL BUREN, *EL CUBO DEL PUERTO*. (MÁLAGA, 2015).
 ABAJO: DANIEL BUREN, INSTALACIÓN *COLONNES DE BUREN*, (PALAIS ROYAL, PARÍS, 1986).

al principio y después plenamente aceptada. Es el mismo artista autor del proyecto que llamamos «Cubo del Puerto», que se ha convertido en uno de los iconos de nuestra Málaga de la modernidad.

En la puerta de la librería le pedí a mi acompañante que nos separásemos y que en una hora nos veíamos. Me fui directamente a los estantes dedicados a Samuel Beckett, autor muy de mi agrado pese a su dificultad de lectura y que había recibido el Premio Nobel unos pocos años antes, en 1969. Seguí deambulando entre esas obras que podríamos llamar residuales por su rareza y escasez e hice un auténtico descubrimiento. Un opúsculo editado por *Gallimard*. En el subtítulo se decía que era el discurso dado por Saint John Perse en el Banquete Nobel de 10 de diciembre de 1960; con motivo de la recepción del premio de ese año.

En aquel entonces mi capacidad de comprensión lectora del francés era lo suficientemente buena y, tras ojear el librito, me entraron muchas ganas de leerlo rápidamente. Me fui al hotel y, con creciente interés, leí ese texto de un autor del que conocía su existencia, pero del que nada había leído.

Con el tiempo supe que ese discurso ha quedado en ser uno de los más importantes que un Premio Nobel de Literatura haya pronunciado al recibir su galardón porque incide en la raíz de la creación poética, clavando su dardo en el mismo corazón de la poesía; nos dijo Saint John Perse en su discurso de aceptación del Nobel:

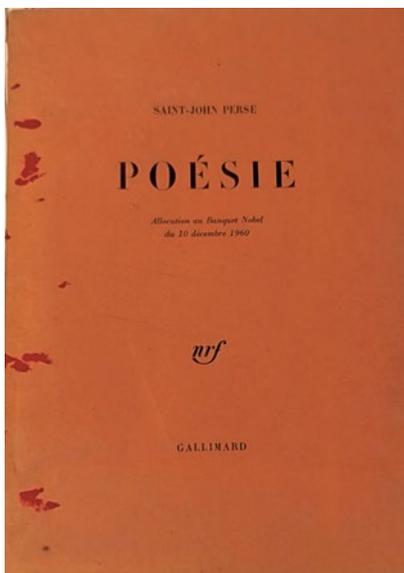
«Pareciera que la disociación entre la obra poética y la actividad de una sociedad sometida a las servidumbres materiales fuera en aumento ... / ... Pero ya se trate del sabio o del poeta lo que aquí pretende honrarse es el pensamiento desinteresado. Que aquí, por lo menos, no sean ya considerados como hermanos enemigos. Pues ambos se plantean idéntico interrogante, al borde un común abismo; y solo los modos de investigación difieren...

Pero más que modo de conocimiento, la poesía es, ante todo, un modo de vida, y de vida integral. El poeta existía en el hombre de las cavernas; existirá en el hombre de las edades atómicas: porque es parte irreductible del hombre. De la exigencia poética, que es exigencia espiritual, han nacido las religiones mismas, y por la gracia poética la chispa de lo divino vive para siempre en el sílex humano. Cuando las mitologías se desmoronan, lo divino encuentra en la poesía su refugio; aún tal vez su relevo. Y hasta en el orden social y en lo inmediato humano, cuando las Portadoras de Pan del antiguo cortejo dan paso a las Portadoras de antorchas, en la imaginación poética se enciende todavía la alta pasión de los pueblos en busca de claridad.»

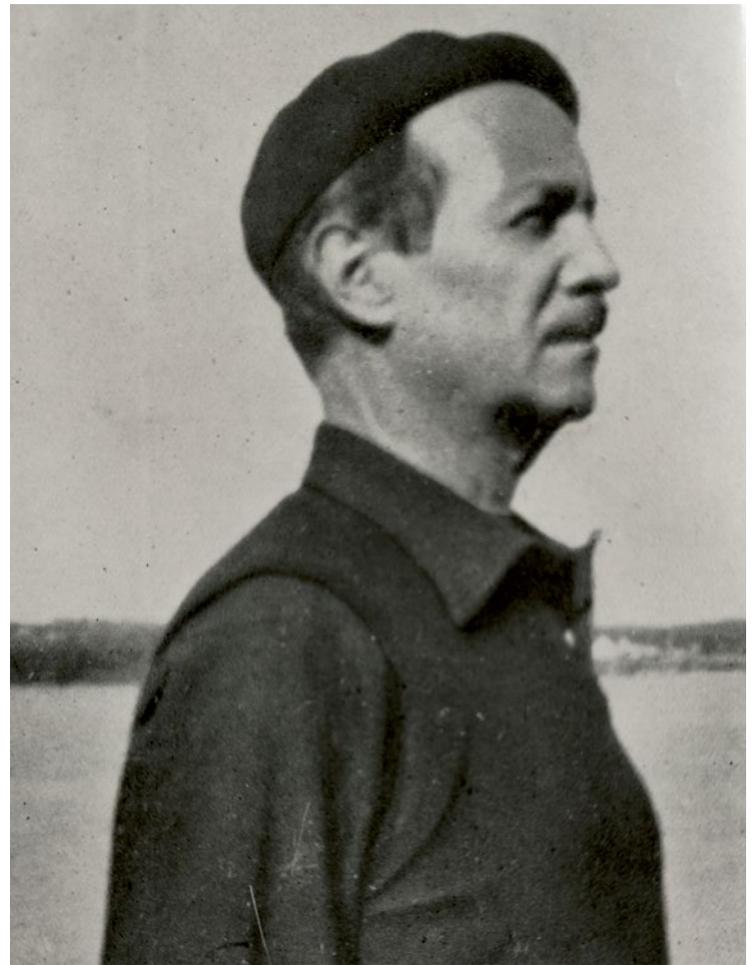
Pocas palabras tan precisas y bellas se han escrito como estas para intentar llegar hasta el corazón de la palabra poética; esa palabra que trasciende su propio y usual significado para poder penetrar en el misterio.

¿Quién era Saint-John Perse? En 31 de mayo de 1897, en una familia de viejos colonos franceses, en un islote coralino de las antiguas Antillas francesas, llamado Saint-Leger-les-Feuilles, y cuyo nombre alude a la pertenencia familiar, nació Alexis Leger Saint-Leger, que se crió en un barco, conoció los ciclones antillanos y fue consagrado como dios-infante por su institutriz, una hindú, secreta sacerdotisa de la diosa Shiva.

Fue enviado a Francia a estudiar Letras, Medicina y Derecho. Pero él voluntariamente complementó esas disciplinas con estudios e investigaciones sobre geología y botánica. Sus intereses eran mucho más amplios que los estudios reglados y tras un largo periplo barco por los mares de Asia y Australia (se había convertido en un avezado marino), regresa a Francia, donde ingresa en la Escuela Diplomática. Fue destinado como segundo



EDICIÓN DEL DISCURSO DE SAINT-JOHN PERSE.



SAINT-JOHN PERSE (1887-1975).

secretario a la Embajada de su país en China, descubre un viejo monasterio deshabitado en las cercanías de Pekín y a él se retira en muchas ocasiones. El de Pekín sería su único destino en una embajada. Al volver a su país lo hace siguiendo la llamada «ruta de la seda». Trabaja en un alto puesto del Ministerio de Relaciones Exteriores y participa como integrante de la representación francesa en la conferencia del Desarme de Washington y, más tarde, forma parte de la delegación francesa en los Acuerdos de Múnich de 1938, donde ante su postura opositora, tiene el honor de ser insultado por Hitler como «ese mulato criollo».

Ya para entonces Saint-John Perse había escrito *Anábasis*, uno de sus grandes poemas, traducido por T.S. Elliot, Walter Benjamin, Paul Valery, Marcel Proust o Rainer María Rilke, entre otros.



SAINT-JOHN PERSE (SEÑALADO CON EL CÍRCULO EN ROJO), PARTICIPANTE EN LOS ACUERDOS DE MÚNICH (1938).

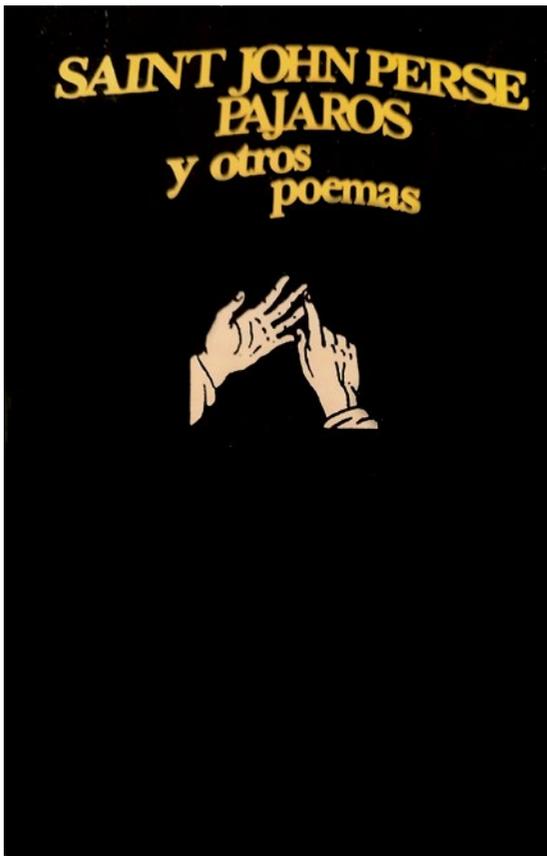
Pero esa obra ya no aparece con su nombre, pues para la literatura su nombre no será nunca más el de Alexis Leger Saint-Leger, sino el de Saint-John Perse; el diplomático y el poeta se habían dissociado y solo hasta mucho tiempo después se sabría que uno y otro eran el mismo. Jamás leyó sus textos en público, nunca participó en mesas redondas o presentaciones de sus libros, ni dio conferencias sobre ellos y tras el fin de la 2ª Guerra Mundial, rechaza algunas embajadas e incluso el puesto de Ministro de Asuntos Exteriores que el general De Gaulle le había ofrecido y marcha a los Estados Unidos, donde trabajó en el modesto cargo de asesor de literatura francesa en la Biblioteca del Congreso. Su relación con los libros fue, cuando menos, ambigua y existen dos anécdotas que si no suficientemente justificativas de su actitud, sí que al menos pueden explicarnos el porqué de esa relación de amor / odio, de cercanía y distancia que, al mismo tiempo, tuvo para con ellos:

Un contenedor cae al agua: La familia se traslada a la metrópoli, a Francia, y la biblioteca que durante generaciones se ha ido construyendo es colocada, con sumo cuidado, en unos contenedores que se estiban, con medido equilibrio, en el barco que se dirige hacia el

hogar que, ahora sí, se quería definitivo. Todas las tormentas, las tempestades del océano y las más altas espumas son soportadas con solidez por ese barco que transporta la vida, los enseres y saberes de varias generaciones. Al llegar al puerto de arribada la fatalidad se cierne sobre aquellas cajas cargadas de sabiduría porque la grúa que carga los contenedores para transportarlos desde el barco a los muelles se rompe de improviso y las cajas, con su preciada carga, acaban en el fondo fangoso portuario. Todos esperaban rescatar en buenas condiciones su precioso contenido, dado el cuidado con el que había sido organizado el transporte, mas cuando son extraídas del fondo de las sucias aguas del puerto, aquellas cajas se habían roto y los libros, destrozados, se habían mezclados con el fango y otros restos de pecios, habiendo quedado inservibles la filosofía, los antiguos tratados sobre minerales, los homenajes a Linneo, los versos y versículos de culturas lejanas y tantas otras materias de que los libros tratan, todo se había fundido en un barro viscoso, puro detritus.

El que acabaría siendo el gran poeta, para muchos el más grande del siglo XX, contempla aquel desastre y desde entonces su relación con los libros será cuando menos ambigua, estableciéndose entre él y ellos una cierta distancia. La Naturaleza y sus edades, medidas por miríadas de milenios, la Humanidad que deambula a lo largo de las más remotas tierras, las leyes ancestrales, las caravanas de la sal y los árboles de bronce bajo el que, en sueños, se guarecen, serán desde entonces lo que nutrirá su ruta poética.

Unos manuscritos arden en París: Cuando la Ciudad de la Luz es tomada por las tropas nazis, el poeta —que, a la sazón, trabajaba en el Ministerio de Asunto Exteriores— es buscado por los invasores y al que conocían por su participación con la legación francesa en las conferencias de Washington y en la que tuvo lugar más tarde en Munich. Cuando los soldados alemanes llegan



PRIMERA EDICIÓN DE PÁJAROS EN ESPAÑOL.

a su casa, Saint John Perse ya había huido, y al no encontrarlo destrozaron sus libros, documentos y manuscritos. Entre estos se encontraban cinco libros inéditos que esperaban ser dados a la imprenta. Se perdieron para siempre.

• • •

La Tierra en su concepto más amplio y unitario, la Humanidad entera a través de todas las historias que la Historia es capaz de contener, se convertirán en la materia de su obra; su poesía será una poesía de celebración, la que se fundamenta en la búsqueda de la más prístina belleza de las cosas y de la Naturaleza entera. En ella caben todos los pueblos, todos los paisajes, las altas montañas y los desiertos, las vivas y mis-

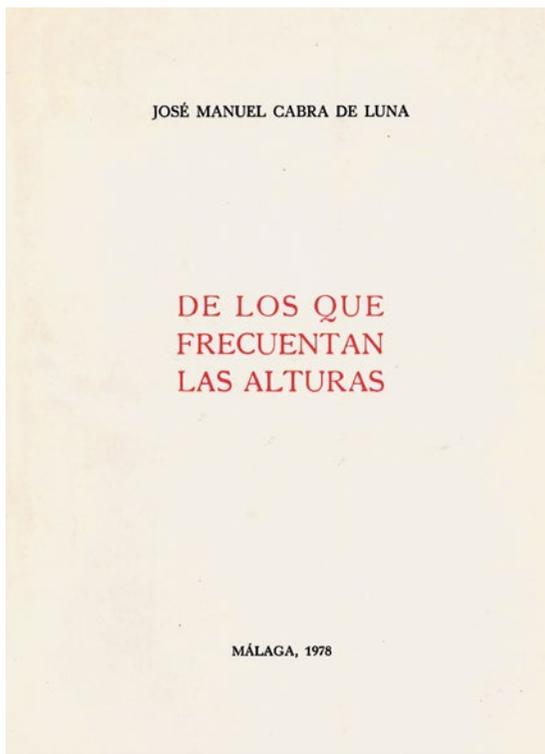
teriosas aguas abisales y las insólitas espumas de las olas cimera, los conocimientos todos, incluidos los saberes científicos más rigurosos. La más plena realidad es susceptible de alimentar su canto, pues el autor venido de los Trópicos es capaz de transformar en materia poética todo cuanto rodea al hombre.

DEMOS UN SALTO EN EL TIEMPO Y AVANCEMOS TRES AÑOS MÁS, HACIA 1976

En este año aparece en nuestro país la primera versión del último libro que escribiera Saint-John Perse. Es fruto de sus amplios conocimientos sobre ornitología y la iluminación cognitiva que le produce una suite que su amigo el pintor Georges Braque está desarrollando sobre el mundo de las aves.

El título de la obra, que había sido concluida en Washington en marzo de 1962, era el de *Oiseaux (Pájaros)*. En él el lenguaje celebrativo convive con el científico sobre estos seres del aire y se entremezcla con la evocación de esos pájaros litográficos que Braque había ido descubriendo en la piedra para producir sus estampas.

De esa obra, que me impacta hasta el tuétano, hasta la última fibra de mi sensibilidad poética, quiero decir, me llega especialmente a lo profundo el comienzo del Canto cuarto, una potente imagen que nos habla de un episodio de caza en los cielos. Dice así: «De los que frecuentan las alturas, depredadores o pescadores, el pájaro de gran señorío, para caer mejor sobre su presa, pasa por un lapso de tiempo entre la extrema presbicia y la extrema miopía: una musculatura muy fina del ojo le permite ver todo y obliga a una misma curvatura en los dos sentidos al cristalino. Entonces, con las alas elevadas, como una Victoria alada que se consume en sí misma, mezclando en su pasión la doble imagen de la vela y la espada el pájaro, que no es más que alma y aflicción de alma, desciende, con su vibración de guadaña, a confundirse con el objeto de su presa.»



PORTADA DE LA «PLAQUETTE».

Nuestro autor nunca escribió en verso propiamente dicho, frases largas encadenadas unas a otras y estructuradas en versículos, más cercanas a los antiguos escritos orientales, hindúes, chinos o del griego arcaico que a cualquier forma de literatura occidental de nuestro tiempo. Quizá por eso nunca leyó en público sus composiciones, porque en sus escritos la mirada ha de abarcar de un solo golpe cuanto más mejor, hay un principio de unidad omnicomprendiva de ese poderoso fresco que es el poema. El uso de palabras inusuales y una muy peculiar forma de puntuar y de establecer los bloques de lectura complican aún más la cosa.

Me volqué en saber sobre pájaros, sobre sus características físicas, sabiamente adaptadas para mejor volar, sobre la tecnología extraordinaria que sus plumas encerraban, la disposición en quilla que facilitaba hendir el aire como lo hace una lanza o el agua cuando se abre camino en ella.

Estudié sus migraciones, la sabiduría innata que su breve cerebro alberga para atravesar océanos sin perder la dirección a la que con matemática exactitud debían de llegar y llegaban. Bach, para mí lo más elevado de la música, comenzó a mezclarse con las imágenes de Braque y con las palabras de Saint John-Perse, tan cercanas en su poesía profunda al lenguaje de los científicos.

Dos amigos del alma, hoy quiero nombrarlos así con todo cariño, M^a Victoria Atencia y Rafael León, tuvieron la paciencia de escuchar mis primeros poemas sobre los pájaros y con el entusiasmo y el énfasis que Rafael ponía en todo cuanto amaba, exclamó: «Esto hay que publicarlo» y bajo su dirección y cuidado vio la luz la «plaquette».

George Braque, Johann Sebastian Bach, Saint John-Perse, esas habían sido hasta entonces mis fuentes, la guía que me fue llevando de la mano hacia el mundo de esos seres alados que en el aire se desenvolvían.

UNA CARTA

Aquellos amigos me dieron un listado de nombre y direcciones de las personas a las que debería enviar el libro, como así hice y entre ellos estaba uno que cambiaría el resto de mis versos sobre los pájaros y tantas otras cosas: Gerald Brenan. Con un tarjetón de los que entonces se usaban para acompañar los envíos más personales le remití al Sr. Brenan la «plaquette». Sabía quién era él, algunos de mis amigos le habían visitado en ocasiones o lo hacían con frecuencia, en su casa de Alhaurín el Grande. Yo no le conocía personalmente. A los pocos días de mi envío recibí la carta. Una carta que iba a cambiar el resto de la obra, mis lecturas de futuro y a mí mismo y que decía así:

Estimado amigo:

Le agradezco mucho el libro de poemas que Vd. me ha mandado. Los he leído y me han gustado mucho. ¿Conoce Vd. las palabras de San Juan de

la Cruz... «Hay almas que vuelan como las aves que en el aire se purifican y limpian»? Escribió un libro que no nos ha llegado que se llama «Propiedades del pájaro solitario»

Gerald Brenan

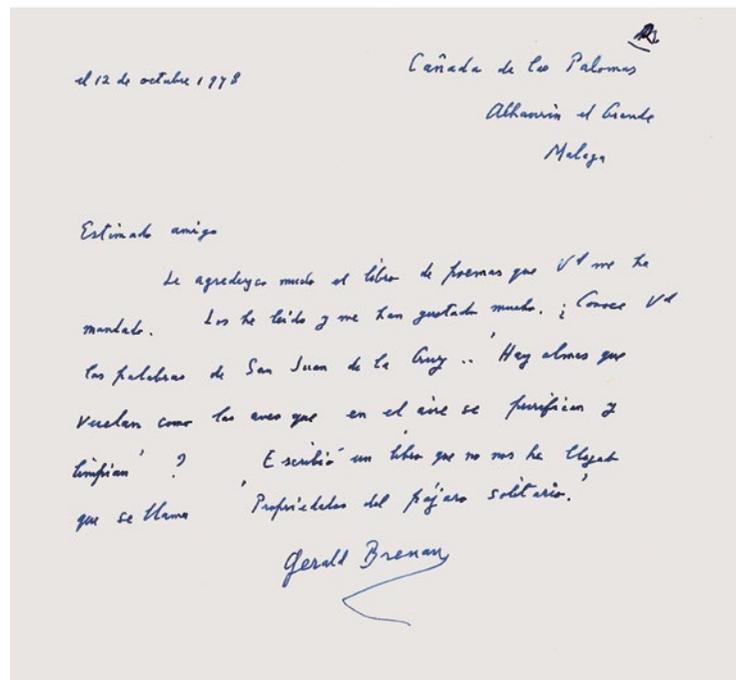
Esta carta me llevó a variar el enfoque de mis versos sobre los pájaros y así fueron creciendo catorce cantos más dedicados a los que frecuentan las alturas, que se unieron a los siete primeros publicados.

Pero volvamos atrás en el tiempo para preguntarnos: ¿Quién era Gerald Brenan y por qué me contestó en los términos en que lo hizo?

Conocido en los lugares de España donde vivió por «don Geraldo», (una simpática españolización de su nombre inglés), era un escritor que, con el tiempo, se enamoró de España, su obra «Memoria personal 1920-1975» comienza con estas palabras: *Me instalé en mi casa de Yegen el 13 de enero de 1920, Desde aquel día empezó para mí una nueva vida. Iba a cumplir los veintiséis años...*

Hijo de un militar inglés, nació en Malta y por destino de su padre estuvo viviendo en Sudáfrica. Luego, trotamundos incansable, andaría de un país a otro, recorriéndolos extensa y morosamente. He dicho que anduvo de un país a otro, porque como él mismo escribió en numerosas ocasiones usó todos los medios posibles de transporte, incluido el de sus propios pasos pues lo que más le gustaba, según propia confesión, era andar, leer y escribir (sobre todo escribir cartas), aunque también le diera tiempo a dar a la imprenta muchas obras; algunas de ellas de un interés extraordinario para los españoles de su tiempo.

Juan Pablo Fusi en su obra *Pensar España. En torno al pensamiento español del siglo XX*. nos da una breve pero buena referencia de la figura, vida y obra de Gerald Brenan. Nos dice Fusi que Brenan vivió en España buena parte de su vida, primero en Yegen (en la Alpujarra granadina) y posteriormente, de 1934 a 1936 y de 1953 a 1970 en Churriana, casado ya con la escritora

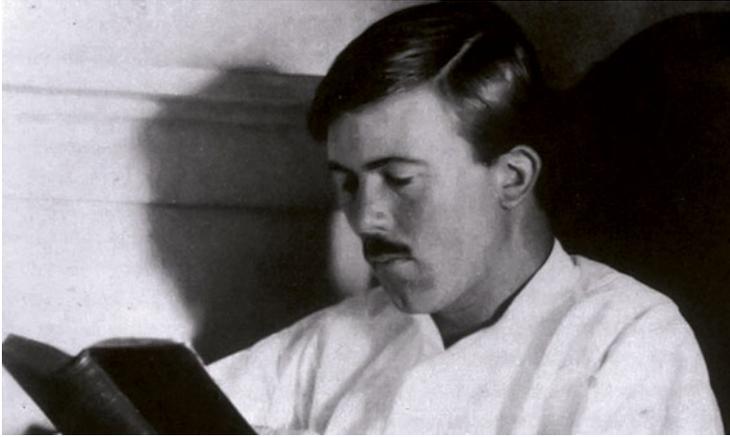


LA CARTA DE GERALD BRENAN.

norteamericana Gamel Woolsey, que se enamoró de España desde que llegó por primera vez a ella y de 1970 hasta 1987, en Alhaurín el Grande, donde murió.

Juan Pablo Fusi nos dice que Brenan fue, ante todo, «...un inglés expatriado que se estableció en Yegen porque quería ser escritor, huir de una vida, la inglesa, y un medio familiar, el propio, que no le gustaban y llevar una vida real, libre y no limitada por ningún tipo de convenciones sociales (trabajo, empleo, dinero, matrimonio...); porque la vida en España era lo suficientemente barata para permitirle vivir de la escasa renta que le correspondía por designación familiar —su padre era militar— y como excombatiente (pese a su ruptura con la tradición militar paterna, Brenan luchó cuatro años durante la I Guerra Mundial y obtuvo la Cruz de Mérito Británica y la Cruz de Guerra Francesa).»

Y sigue diciéndonos Fusi que «...Brenan no vino, pues, a España ni fascinado por la historia o por la tradición y el pintoresquismo españoles



GERALD BRENNAN (1894-1987).

ni interesado en la vida, la lengua, el paisaje o la sociedad. Aunque vivió aquí gran parte de su vida, escribió siempre en inglés y para el público inglés. Leyó preferentemente literatura inglesa; estudió la literatura clásica española, sobre la que en 1951 escribió su libro *The Literature of the Spanish People*» y en 1973, en colaboración con Linda Nicholson, una biografía de San Juan de la Cruz (sobre la que volveremos), pero no se interesó realmente por la literatura contemporánea del país.

Puede decirse que no fue un hispanista a la manera clásica, es decir, aquel que convierte a España en la exclusiva materia de su estudio porque está predispuesto a ello. Más si no lo fue de entrada, sí que, de alguna manera, acabó siéndolo, pues aparte de los ya dichos, escribió un libro, que se haría famoso, sobre su estancia en el pueblo de Yegen, titulado *Al Sur de Granada* y otros dos libros de tema español y de capital importancia: *El laberinto español*, publicado en inglés en 1943 y traducido al español por la editorial Ruedo Ibérico en 1962. Es un intento de desentrañar las causas profundas de la Guerra Civil en España, estudiando el periodo que discurre desde 1874 hasta 1931; esta obra estuvo durante mucho tiempo prohibida en España.

No debemos olvidar tampoco *La faz actual de España*, y que trataba de la impresión profun-

da que, a su vuelta tras la Guerra Civil, le había producido el país y al que quiso ver con sus luces y sus sombras.

Salvo quizá su amistad con Julio Caro Baroja, cuya familia tenía casa en Churriana en la parte baja de la barriada, cercana a la pista de aterrizaje del aeropuerto, no cultivó muchas amistades con españoles y en sus casas de Yegen y Churriana recibía a amigos, mayormente ingleses. Le visitaron con frecuencia los diferentes componentes del «Grupo de Bloomsbury» como Virginia Wolf, Dora Carrington o E.M. Forster entre otros.

Mas a pesar de ello, nos sigue diciendo Fusi de Brenan, que «...encontraba a los ingleses razonables e irónicos pero reprimidos y limitados, no podría vivir más que en Andalucía, en pueblos modestos de Granada y Málaga (Sevilla, por ejemplo, nunca le interesó), como los citados Yegen, Churriana y Alhaurín: le ganó un país y sobre todo la gente local, sencilla, de los pueblos andaluces, que se le antojaba un país extrovertido, expresivo, espontáneo y lleno de vitalidad (aunque, como escribiría en *La faz actual de España*, con su lado oscuro en el alma: manifestaciones de crueldad y violencia, ideas de muerte, melancolía y desdén por la vida).»

Pero volvamos a la carta y a la biografía de San Juan de la Cruz. Había precedido a ésta un intento de biografía de Santa Teresa de Jesús que, tras algunas estancias en Ávila y varios años de trabajo, abandonó. La versión inglesa de la biografía de San Juan apareció en 1973 y en noviembre del año anterior, en el prefacio de la obra, Gerald Brenan había escrito: «San Juan de la Cruz fue el primer poeta español que leí al ir a vivir a España. Al parecer, por aquel entonces no era muy conocido ni apreciado, excepto como místico, pues no pude encontrar ninguna edición suelta de sus versos y tuve que leerlo en la edición de Autores Españoles de los poetas líricos de su siglo, en tipografía diminuta y casi ilegible y papel de mala calidad. Pero la impresión que me causó fue enorme. Me pareció que ningún poeta de ningún otro país había alcan-

zado unas cimas tan altas de expresión líricas, y esa es una opinión que todavía hoy mantengo.»

No olvidemos que, como él mismo escribió en su obra *Memoria personal* y lo he dicho antes, se instaló en su casa de Yegen el 13 de enero de 1920 y la biografía sobre San Juan de la Cruz aparece en 1973; es decir 53 años más tarde. No es pues un fruto de improvisación, sino de una decantación de su actitud hacia la poesía y los escritos del santo.

Ya he dicho que recibir la carta del autor inglés fue para mí muy importante y supuso un giro en la visión que hasta entonces había tenido del mundo de los pájaros sobre el que estaba intentando poetizar. Pasar de Saint John-Perse a San Juan de la Cruz exigía hacer un recorrido muy largo; cambiar completamente de perspectiva. Y lo hice pues, aunque conocía con una cierta profundidad la obra de San Juan de la Cruz, los comentarios de Gerald Brenan me abrían una ventana a otro paisaje y a otra manera de contemplarlos.

En el poeta antillano la realidad en sí es todo y, si sabemos mirarla, es decir, hacerla profundamente nuestra, en ella el mundo entero se puede transformar en materia poética. Las montañas, los desiertos, los mares y las nieves, las caravanas avanzando lentamente en las arenas brumosas de los espejismos, las culturas antiquísimas, los graves magistrados, las muchachas de tez bronceada, los dioses de todos los cielos, las tormentas de agua y las de arena, todo, todo es asumido por el hombre que siente como su patria se ha ido ensanchando, abriéndose a una realidad total que supera todas las geografías y todas las banderas.

Capacidad poética de lo real, que es cantado o elevado a los altares de las más bellas letradas, hasta poder convertir el lenguaje de los científicos en lenguaje poético y hacerlo, asimismo, con la visión artística del tema como Saint John-Perse lo hizo con los pájaros pintados por George Braque, que él transformó en palabras; entreverando todo ello con sus conocimientos científicos ornitológicos.



IMAGEN SIMBÓLICA.

¡Qué diferencia más grande existía entre la posición del poeta antillano con la evocación de la obra de San Juan a que la carta de Brenan me condujo!

En San Juan de la Cruz todo era símbolo, y quiero decir con ello, que era lo que era y mucho más de lo que era.

Quizá en este punto no sea baladí aclarar en qué sentido utilizo aquí la palabra *símbolo* y para ello acudiré a una obra ejemplar de un filósofo que nos dejó demasiado pronto, Eugenio Trías; me refiero al texto titulado *La edad del espíritu*. Nos dice el filósofo que «el símbolo es una unidad (symbólica) que presupone una escisión. En principio se hallan desencajadas en él la forma simbolizante, o aspecto manifestativo del símbolo (dado a visión, a percepción, a audición) y aquello simbolizado en el símbolo que constituye su horizonte de sentido».

Y, más claramente aún, Trías nos dice que «...símbolo era, en su origen, una contraseña: una moneda o medalla partida que se entregaba como prenda de amistad o de alianza. El donante quedaba en posesión de una de las partes. El receptor disponía sólo de una mitad que en el futuro podía aducir como prueba de alianza con

solo hacer encajar su parte con la que poseía el donante. En ese caso se arrojaban las dos partes a la vez, con el fin de ver si encajaban. De ahí la expresión sym-bolon, que significa aquello que se ha lanzado conjuntamente.»

En poesía (aparte de la experimental y de la por nosotros llamada «de vanguardia») lo simbólico se constituye por elevación del mundo real y aquello de que el poema trata en apariencia, es elevado a un estadio superior donde las palabras adquieren lo que el filósofo Trías denomina, un nuevo *horizonte de sentido*. Allí donde los significados superan y saltan por encima de lo que usualmente significan.

La obra poética completa de San Juan de la Cruz, breve por otra parte, es un trabado conjunto de poesía simbólica pues en ella el lenguaje parece describir una cosa para, si se profundiza y lee adecuadamente, apreciar que está tratando de otra; ya que sus palabras, que en sus versos se transforman en *palabras sustanciales*, conducen a otros territorios del conocimiento que aquellos a que nos lleva el lenguaje común. Veamos, como ejemplo de lo que digo, el poema titulado *Canciones en que canta el alma*. Se vale el Santo de un episodio de cetrería y en la que podemos apreciar como el alma y el objeto de su búsqueda se funden en una sola cosa; es el último grado de lo místico, la vía unitiva. El poema de San Juan de la Cruz, en su primera estrofa dice así:

Tras de un amoroso lance,
y no de esperanza falto,
volé tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.¹

Creo que la metáfora de la unión, la fusión diríamos con más propiedad, del cazador y lo cazado es una muy bella manera de expresar, aquí sí, el estadio superior del espíritu, la identificación plena entre Dios y el alma, la unión mística.

Esa imagen de fusión aparece también en uno de los poemas finales de mi libro *De los que frecuentan las alturas* que, en sus últimos versos dice:

El último sentir
que le es posible
al alma reducida
a sencilla vereda
se confunde con ellos
y a la caza da alcance
y pues la alcanza
en lanza singular ya se convierte
y al aire de su vuelo
en ave se transforma
también, en quién más puede.²

Llegado a este momento del texto creo debemos preguntarnos por qué sea el misticismo y cómo llega a alimentar el discurso poético. Acudamos para ello a uno de los grandes poetas españoles de la segunda mitad del siglo XX que fue, además, un magnífico ensayista y estudioso del fenómeno místico; me refiero a José Ángel Valente, que hace ya años que no nos acompaña en el camino de la vida. Escribió un clarificador ensayo sobre Miguel de Molinos, el religioso español fundador del *quietismo*, que murió en los sótanos de las cárceles de la Santa Inquisición, en Roma, el 21 de diciembre de 1696.

Nos dice Valente: «La primera paradoja del místico es situarse en el lenguaje, señalarlos desde el lenguaje y con el lenguaje una experiencia que el lenguaje no puede alojar. Cabría decir, en este sentido que el místico se sitúa paradójicamente entre el silencio y la locuacidad. Esta afirmación que, a primera vista puede parecer excesiva, no lo es si el fenómeno se analiza en profundidad o si se piensa que incluso está explícitamente formulada desde la propia tradición mística.»

En efecto, el anónimo inglés de *The cloud of unknowing* (*La nube del no saber*) declara: «Porque el silencio no es Dios ni la palabra es Dios (...) Dios está oculto entre ambos».

También La Cábala nos habla de la búsqueda de Dios entre los intersticios que dejan las letras en determinadas palabras.

Y sigue diciendo Valente: «En su descenso sobre el lenguaje, la experiencia del místico

arrasa el lenguaje para llevarlo a un extremo de máxima tensión, al punto en que el silencio y la palabra se contemplan a una y otra orilla de un vacío que es incallable e indecible a la vez.»

Atendamos a lo que nos dice el poeta gallego. Nos habla del estar a las orillas de un vacío, incallable e indecible. Parece imposible mantener al tiempo una y otra cosa ¿Cómo es que en la expresión mística nos vemos obligados a decir aquello que no puede ser dicho? Tensionando el lenguaje hasta arrancarle lo que oculta, acudiendo a su raíz, a su centro más interior. Por eso el poeta acude al decir místico como fuente en la que saciar su sed para poder arrancar lo sustancial a las palabras.

Pero la cosa se complica aún más cuando, a lo lejos, oímos el eco de Heidegger que afirmó que «...el hombre actúa como si fuera el creador y dueño del lenguaje, cuando éste es su señor... /... Pues de hecho es el lenguaje el que habla.»

Y es el propio filósofo alemán el que nos dice que «...El lenguaje es la casa del ser. En su morada habita el hombre. Los pensadores y poetas son los guardianes de su morada...»

Si Heidegger lleva razón y creo que la lleva, el místico se entrega al lenguaje en la confianza de que su noche oscura ha de encontrarla, y superarla, a través de las palabras, ante las que debe ponerse en actitud de escucha pues le acabarán hablando; de una u otra manera le hablarán y le ayudarán a decir lo que parecía que con ellas no podía ser dicho. Y así habitará el lugar donde palabra y silencio se hacen uno.

Y (pues pertenecemos a la tradición cristiana) también podríamos preguntarnos si el misticismo es un acontecer eminentemente cristiano y para respondernos sobre ellos bástenos con acudir al iluminador texto de María Zambrano titulado *San Juan de la Cruz*: «De la noche oscura a la más clara mística y en el que nos dice: Al místico el cristianismo le ha sobrevenido (...) El místico no es problema netamente cristiano y tal vez lo que sea problema es cómo existe una mística cristiana (...) La cuestión de la mística no coincide con la cuestión cristiana.»

Este es un concepto clave que debemos retener. Porque lo místico no tiene por qué ser necesariamente el fruto de una actitud religiosa formal y, mucho menos, de una actitud religiosa ortodoxa. Las Iglesias, y digo esto con pleno respeto, en el fondo desconfían de la actitud mística porque el camino eclesial para llegar a Dios lo determina la propia Iglesia, la que sea, mientras que el místico atraviesa su noche oscura en la más plena soledad para llegar a la unión con Dios, cuando llega. Y en este punto nos resulta esclarecedor constatar que uno de los títulos del Papa es el de Sumo Pontífice, es decir, el sumo hacedor de puentes, el que construye el singular camino que ha de seguir el alma para llegar a Dios. Pero el místico sabe que la noche oscura está totalmente impregnada de soledad, inmersa en ella; aunque en sí el recorrido místico y el religioso tengan una almendra común; aquella a la que José Ángel Valente llamó *la metáfora del corazón*.

Otro elemento de capital importancia es el de determinar cuál sea la naturaleza del hecho místico y acudiremos para ello a las palabras del propio Miguel de Molinos, cuando en la nota *A quien leyere* de su *Guía espiritual* nos dice que: «... La ciencia mística no es de ingenio, sino de experiencia; no es inventada, sino probada; no leída, sino recibida, y así es segurísima y eficaz, de grande ayuda y colmado fruto.»

Y es que desde que en el pensamiento de los hombres se instaló con aire excluyente y potente soberbia una divinidad maravillosa, la diosa razón, nos abrimos a una concepción del mundo que fue capaz de generar el que hemos dado en llamar método científico, al que se quiere convertir en la única vía de certeza. Desde ese momento ciertas otras formas de conocimiento decayeron, fueron despreciadas como pertenecientes a estadios anteriores del espíritu. Y así el mito se asemejó al cuento, como perteneciente a la edad infantil del pensamiento y el saber místico quedó relegado a ciertos estados alterados de conciencia, rayanos en la enfermedad mental.

A mi entender es ese un grave error, pues saber cómo funciona nuestra mente no quiere decir que alcancemos a saber por qué funciona. Y así, hoy, estamos en condiciones de afirmar que ciertos fenómenos cuánticos suceden, pero no sabemos por qué ocurren; racionalmente no son explicables, pero desde la razón hemos de aceptar su realidad.

El concepto clásico de razón, y llamamos así al que proviene de la Ilustración, es muy pobre, muy limitado, pero la poesía y otras admirables formas de intuición (que no tienen por qué ser «científicas»), nos abren muchas ventanas y desde ellas podemos ver que el campo está florecido y que esas flores tienen unos colores que de otra forma no somos capaces de ver. Es esa misma poesía que nos transporta al otro lado del espejo, allí donde las palabras recuperan su niñez y se alzan a lo más alto. La citada María Zambrano nos hablaba de la *razón poética*; no debemos desecharla.

Permítanme ahora volver a la carta que recibí de Gerald Brenan. Él tenía aún frescos en su memoria los estudios que había ido haciendo sobre la obra y vida de San Juan que publica en 1973 pues la carta que recibí es de 1978. Nada más que habían transcurrido cinco años. Habla en ella de un libro del Santo que, al parecer, no llegó a nosotros, titulado *Propiedades del pájaro solitario*. Estudios más recientes llevan a pensar que ese libro no fue escrito nunca como tal, aunque la referencia a ese pájaro que vuela alto y solo sí que nos aparece en un conjunto de pequeños textos y recomendaciones que agrupó bajo el título de *Avisos y sentencias espirituales*. Las propiedades de esa ave singular son descritas así:

«...Las condiciones del pájaro solitario son cinco: la primera, que se va a lo más alto; la segunda, que no sufre compañía, aunque sea de su naturaleza; la tercera, que pone el pico al aire; la cuarta, que no tiene determinado color; la quinta, que canta suavemente.

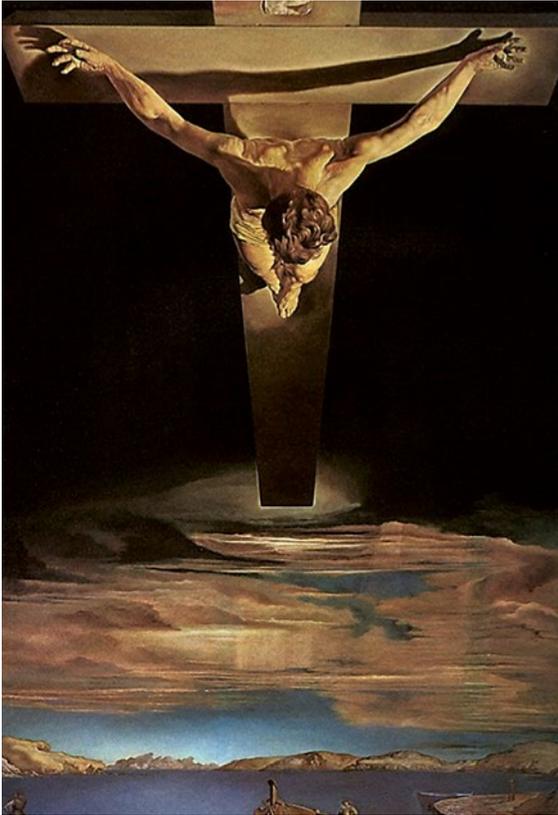
Las cuales ha de tener el alma contemplativa: que se ha de subir sobre las cosas transitorias no haciendo más caso de ellas que si no fuese, y ha de ser tan amiga de la soledad y silencio, que no sufra compañía de otra criatura; ha de poner el pico al aire del Espíritu Santo, correspondiendo a sus inspiraciones, para que, haciéndolo así, se haga más digna de su compañía; no ha de tener determinado color, no teniendo determinación en ninguna cosa, sino es lo que es voluntad de Dios; ha de cantar suavemente en la contemplación y amor de su Esposo.»

Este *Aviso espiritual* es un claro ejemplo de lo que, en este contexto, hemos referido antes como lenguaje simbólico. El primer párrafo es meramente descriptivo de una idealizada visión de las circunstancias físicas de ese pájaro solitario, pero es en el segundo párrafo donde se nos da la clave intencional. Donde hallamos el *horizonte de sentido* desde el que hay que abordar la comprensión de aquellas cinco propiedades del pájaro solitario.

• • •

El ciclo en el que es pronunciada la conferencia que da origen a este texto, que con sabia mano y mejor saber dirigió el profesor don Alfredo Alvar se tituló *Huellas de España* y trata de las huellas dejadas por nuestros antepasados en todo el planeta, describiendo hechos históricos concretos, realizaciones científicas y las abstracciones intelectuales de los que nos precedieron.

Considerando a la mística española como uno de los más elevados lugares a los que ha sido capaz de alzarse el espíritu, debemos señalar que la mística de los autores españoles no tiende al conocer filosófico y así es natural que ocurra si parte, como hace, de considerar a la mística como un saber de experiencia y no de ciencia y como un saber iluminado. La filosofía habla y busca desde la razón entendida a la manera clá-



IZQUIERDA: SALVADOR DALÍ. CRISTO DE SAN JUAN DE LA CRUZ. DERECHA: SAN JUAN DE LA CRUZ. DIBUJO AUTÓGRAFO.

sica, no así el saber místico, que deambula por otros caminos, unas vías no irracionales, pero sí fundamentadas en un más amplio y dilatado concepto de razón, una muy especial *biperrazón*. Qué y cómo opera el saber místico nos lo dice el propio San Juan de la Cruz muy bellamente en el poema al que titula:

Coplas hechas sobre un éxtasis de harta contemplación

*Entréme donde no supe,
y quedéme no sabiendo,
toda sciencia trascendiendo.*

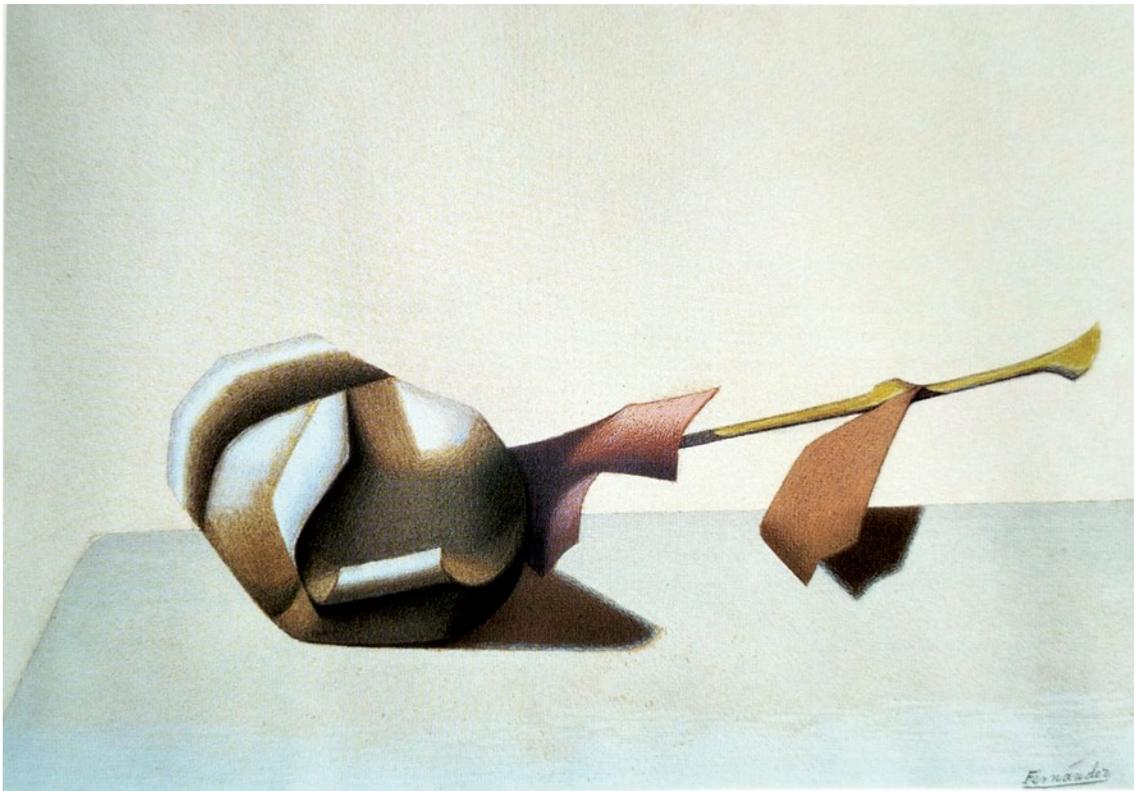
Yo no supe dónde entraba,
pero, cuando allí me vi,
sin saber dónde me estaba,
grandes cosas entendí,

no diré lo que sentí,
que me quedé no sabiendo
*toda sciencia trascendiendo.*³

En nuestro Santo la intensidad del lenguaje poético es tal que se transforma en decir místico. Y me refiero especialmente a su poesía, no tanto a sus Tratados, o sea a los comentarios explicativos / teológicos que el autor hace sobre sus propios versos. La poesía tiene una capacidad de concentración, una destilación de los significados que, en el poema, las palabras, olvidan su valencia usual para transmutarse en *palabras sustanciales*.

Y ahora una curiosidad que nos sirva para distender un tanto la lectura de este texto.

Es tradición que esta imagen de Cristo se le apareció a nuestro Santo en una situación de



LUIS FERNÁNDEZ (1900-1973). ROSA.

éxtasis y que la pintó de modo casi automático cuando aún la tenía fijada en la retina. Esta imagen se conserva en el Convento de la Encarnación de Ávila. Es de muy pequeño tamaño, unos escasos centímetros y fue conocida por Salvador Dalí. Esa imagen fue trasladada a su pintura, aunque con una leve variación de la posición del contemplador. Tituló a su obra *Cristo de San Juan de la Cruz*, un óleo de grandes dimensiones que hoy se encuentra en el museo de Glasgow y es universalmente conocido. A final de 2023 esta obra ha sido temporalmente cedida y ha podido ser vista en España.

Vamos a ir concluyendo este texto no sin evocar que el saber místico tiene ansia de vacío, que quiere recorrer el camino de la nada, sumergirse en ella, hacerse ella (anonadarse); pues solo así alcanzará a Dios y se unirá a él. El Maestro Eckhart, que vivió entre 1260 y 1328 y que, con sus seguidores Suso y Taulero, fueron integrantes de la *mística renana*, hizo una afirmación tan rotunda que fue tachada de herética, por lo que fue perseguido por los Tribunales de la Inquisición. Escribió Eckhart: «... Los que no

son semejantes a nada, solo ellos son semejantes a Dios. Nada es semejante al ser de Dios, en él no hay imagen ni forma. A las almas que le son semejantes en esa manera, el Padre les da por igual y no las priva de nada.»

Esa ansia de vacío, esa necesidad de penetrar el corazón sagrado de la nada, también lo siente el fraile Juan de la Cruz cuando en uno de los diagramas que dibujaba para aquellas monjas a las que aconsejaba espiritualmente, refiere así: «Senda del Monte Carmelo camino de perfección, nada, nada, nada, nada, nada, nada y aún en el monte nada.»

Me voy acercando al final y lo haremos con la imagen de una flor y con cómo ella ha servido para determinar ese conocimiento sin tiempo ni lugar a que el saber místico ha aspirado en todas las épocas. Se trata de una obra plástica, casi metafísica, de un artista español, pintor de pintores, del siglo XX, Luis Fernández.

Angelus Silesius, en el siglo Johannes Scheffler, médico de profesión y nombrado como «el último de los místicos alemanes» (vivió de 1624 a 1677) y que tiene un libro de máximas espirituales

titulado *Peregrino querubínico*, también nombrado como *Peregrino querúbico*, escribió: «...La rosa no tiene por qué, florece porque florece, no se presta atención a sí misma, no pregunta si la ven.»

Juan Ramón Jiménez, en brevísimo pero memorable poema, dejó escrito: «No le toques ya más, que así es la rosa.»

Y LA CONCLUSIÓN

Uno de los más grandes filósofos del pasado siglo, que instaló el pensamiento en cotas de clarividente transparencia por haber realizado una radical y profunda inmersión en el lenguaje, analizándolo como muy pocos antes lo habían hecho, al convertir el mismo en materia de su filosofar, Ludwig Wittgenstein, en su *Tractatus logico-philosophicus* hace dos afirmaciones incontestables; la última de ellas usada y abusada hasta la extenuación, pero irrefutable y de las que me valdré para terminar:

6.522: «Hay, ciertamente, lo inexpresable, lo que se muestra a sí mismo; esto es lo místico.»

7: «De lo que no se puede hablar, mejor es callarse.»

Pues eso. ●

NOTAS

- 1 El poema en su integridad se reproduce en el apartado de bibliografía al final de este texto. Todos los poemas de San Juan de la Cruz pertenecen a las Obras Completas editadas por la B.A.C., de Lucinio Ruano de la Iglesia, Carmelita Descalzo, en su Undécima Edición. Madrid, 1982.
- 2 También se reproduce el poema en su integridad en el apartado de bibliografía.
- 3 También se reproduce el poema en su integridad en el apartado de bibliografía.

BIBLIOGRAFÍA

Guía Espiritual. Defensa de la Contemplación, de Miguel de Molinos. Con un ensayo sobre Miguel de Molino de José Ángel Valente. Colección Rescate Textual, Barral Editores, 1974. Barcelona.

Peregrino Querubínico. Epigramas y Máximas Espirituales para llevar a la contemplación de Dios. De Ángelo Silesio. Ediciones de la Tradición Unánime. José J. Olañeta, Editor, 1985. Palma de Mallorca. Existe una edición posterior, con el nombre de Peregrino Querubínico en Ediciones Siruela.

La Nube del No-Saber y el Libro de la Orientación Particular. Anónimo Inglés del Siglo XIV. Cuarta edición. Ediciones Paulinas. 1981. Madrid.

Tractatus Logico-Philosophicus, Ludwig Wittgenstein. Versión española de Enrique Tierno Galván. Alianza Universidad, Cuarta Edición, 1980.

El fruto de la nada. Maestro Eckhart. Traducción de Amador Vega Esquerria. Ediciones Siruela. Segunda edición. Madrid, 1999.

3 POEMAS COMPLETOS

I

Tras de un amoroso lance,
y no de esperanza falto,
volé tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.
Para que yo alcance diese
a aqueste lance divino,
tanto volar me convino
que de vista me perdiese;
y, con todo, en este trance
en el vuelo quedé falto;
más el amor fue tan alto,
que le di a la caza alcance.
Cuando más alto subía
deslumbróseme la vista,
y la más fuerte conquista
en oscuro se hacía;
más, por ser de amor, el lance,
di un ciego y oscuro salto,
y fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance,
Cuanto más alto llegaba
de este lance tan subido,
tanto más bajo y rendido
y abatido me hallaba;
dije; no habrá quien alcance;
y abatíme tanto, tanto,
que fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.
Por una extraña manera
mil vuelos pasé de un vuelo,
porque esperanza de cielo
tanto alcanza cuanto espera;
esperé solo este lance
y en esperar no fui falto,
pues fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.

II

Pájaro en la luz,
al aire pájaros
que muestran en la corriente
helada de la altura
su destino final.
Se yerguen únicos
al contemplado vuelo
y el suelo no desdeñan
en referencia oscura
de sus horas mayores.
Todo es lo que es,
lo que rodea esta suerte
de estar llamada vida,
se afana en conseguir
lo que ya tiene
el pájaro en la luz
en tanto vuela.
El último sentir
que le es posible
al alma reducida
a sencilla vereda
se confunde con ellos
y a la caza da alcance
y pues la alcanza
en lanza singular ya se convierte
y al aire de su vuelo
en ave se transforma
también, en quién más puede.

III

*Entréme donde no supe,
y quedéme no sabiendo,
toda sciencia trascendiendo.*

Yo no supe dónde entraba,
pero, cuando allí me ví,
sin saber dónde me estaba,
grandes cosas entendí;
no diré lo que sentí,
que me quedé no sabiendo,
toda sciencia trascendiendo.

De paz y de piedad
era la sciencia perfecta,
en profunda soledad
entendida vía recta,
era cosa tan secreta,
que me quedé balbuciendo,
toda sciencia trascendiendo,

Estaba tan embebido,
tan absorto y ajenado,
que se quedó mi sentido
de todo sentir privado,
y el espíritu dotado
de un entender no entendiendo
toda sciencia trascendiendo.

El que allí llega de vero
de sí mismo desfallece;
cuanto sabía primero
mucho bajo le parece,
y su sciencia tanto cresce,
que se queda no sabiendo,
toda sciencia trascendiendo.

Cuanto más alto se sube,
tanto menos se entendía,
que es la tenebrosa nube
que a la noche esclarecía;
por eso quien la sabía
queda siempre no sabiendo,
toda sciencia trascendiendo.

Este saber no sabiendo
es de tan alto poder,
que los sabios arguyendo
jamás le pueden vencer,
que no llega su saber
a no entender entendiendo,
toda sciencia trascendiendo.

Y es de tan alta excelencia
aqueste summo saber,
que no hay facultad ni sciencia
que le puedan emprender;
quien se supiere vencer
con un no saber sabiendo,
irá siempre trascendiendo

Y si lo que queréis oír,
consiste esta summa sciencia
en un subido sentir
de la divinal Esencia;
es obra de su clemencia
hacer quedar no entendiendo,
toda sciencia trascendiendo.